

y desde entonces la caridad del Papa no pudo devolver la alegría del vivir á aquel príncipe cuyos pesares fueron consumiendo su vida (1). La tristeza producida por el fracaso de sus esperanzas minó su existencia, y á 12 de Mayo de 1465, murió olvidado en el hospital de Santo Spirito. Su esposa Catalina le había precedido ya en 1462. Fuera de la reina de Serbia, Elena, que murió en 1474 en un monasterio de Leucadia, dejó Tomás otra segunda hija, Zoe, y dos hijos, Andrés y Manuel. Éste regresó luego á Constantinopla, donde se hizo musulmán, y vivió de una pensión que le señaló la Puerta. Andrés, á quien el papa Pío II reconoció el título de déspota de Morea, permaneció en Roma; pero echó á perder su posición casándose con una persona de mala nombradía. Sus planes de reconquistar el Peloponeso, primero con el auxilio de los napolitanos, luego con el de los franceses, fracasaron, y en 1502 murió en la miseria, después de haber instituido herederos de su Imperio á los Reyes Católicos, Fernando de Aragón é Isabel de Castilla. Zoe vivió en Roma bajo el amparo del cardenal Bessarión; en 1472, dotada por el Papa, casó con el Gran príncipe Juan III Wassiljewitsch de Rusia, y dejó como heredera de sus pretensiones al romano imperio, á su única hija Elena, casada con el Jagellón Alejandro I de Polonia (2).

A principio de Octubre de 1461, se dijo que una parienta de los Paleólogos tenía el designio de ir personalmente á solicitar el auxilio del Papa. Tratábase de la joven reina de Chipre, *Carlota de Lusignan*. Esta desgraciada princesa, que había subido al trono en 1458, se había casado con el príncipe Ludovico de Saboya, hijo del Duque de aquel país; pero hubiéranse necesitado otras energías que las de una reina joven y su débil esposo, para vencer las dificultades que se ofrecían en su turbado Reino. A pesar de su ánimo y fuerza de voluntad, no pudo Carlota estorbar que su revoltoso hermanastro Jacobo se apoderara del gobierno con el auxilio del sultán de Egipto. Ludovico de Saboya

(1) En 2 de Enero de 1463, Bartol. Marasca notifica á la marquesa Bárbara, que su hijo, el cardenal, ha convidado á su mesa al déspota de Morea «E uno signore de grande aspecto»; añade que ha comido poco y está lleno de tristeza. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Hopf, Griechentl. 131 s. Hertzberg II, 578 s. Mas-Latrie III, 174-175 n. 1; 324, n. 2. Herquet 150, 154. Finlay 306. Fallmerayer, Morea II, 403 ss. Frommann, Beiträge 236 s.

se vió encerrado en la fortaleza de Cerines, y Carlota corrió, primero á Rodas y luego á Roma, en demanda de socorro (1).

El Papa, que tenía tan poca satisfacción de la Casa de Saboya como de la fidelidad de Chipre, no se alegró en manera alguna de esta visita, y envió á Ostia al cardenal Estouteville para disuadir de su propósito á la Reina (2); pero como esto no pudiera lograrse, recibió Pío II á la desterrada «lleno de interés y bondad» (3). A 14 de Octubre de 1461 desembarcó la reina de Chipre junto á San Paolo, y al siguiente día celebró su entrada en Roma; nueve cardenales salieron al encuentro de la infeliz princesa, la cual fué recibida con todos los honores debidos á una Reina (4). Pío II describe el exterior de la última Lusignan en sus «Cosas Memorable»: «parecía tener unos 24 años y era de mediana estatura; la mirada de sus ojos amable y el color de su tez de un moreno pálido; su habla era persuasiva, y fluía, según la costumbre de los griegos, con la celeridad de un arrebatado torrente. Usaba traje francés y tenía un ademán verdaderamente regio» (5).

(1) Mas-Latrie III, 82 ss. Reinhard, Gesch. von Cypern 51. Herquet, Charlotta 107 ss. y Königsgestalten 52 ss. Weil, Gesch. der Kalifen V, 268 s. 303. V. también Bianchi, Le materie polit. degli Archivi Piemont. 175 s. y Mitteil. d. Instituts für österr. Geschichtsforschung X, 507 s. Los embajadores de Jacobo habían solicitado inútilmente el reconocimiento del Papa; v. Pii II Comment. 165, 178; Asia c. 97. Mas-Latrie III, 154 s. Herquet, Königsgestalten 74.

(2) * Despacho de B. Bonatto á Lodovico Gonzaga de 11 y 12 de Octubre de 1461. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Engañase por tanto Herquet (Charlotta 129 y Königsgestalten 70) al hacer llegar de Ostia á la reina á fines de Octubre. También Voigt (III, 655) pone en este tiempo la llegada de Carlota. Asimismo Gottlob, Cam. Ap. 143. En Reinhard II, 62 s. los datos están enteramente confundidos.

(3) Reumont III, 1, 146.

(4) V. en el apéndice n.º 51 la carta de B. Bonatto de 16 de Octubre de 1461. *Archivo Gonzaga de Mantua*. El día de la entrada de la reina en Roma se indica diversamente. En una *carta de Jacobo Chicío al marqués de Mantua, fechada en Roma á 16 de Octubre de 1461, se dice: «a 15 del presente la regina di Cipri feze lo ingresso suo dentre da Roma». Loc. cit. Nicolaus Consandulus en una *carta á Borso de Este, fechada en Roma á 14 de Octubre de 1461, notifica lo siguiente: «La reina de Cipri nepote del dispota de la Morea et fiola del re passato anchuo ariva in Roma e aloza in casa del card. de Spoliti la quale è nel curtile del palazo del papa. Provisione è facta per farge honore» (*Archivo de Módena*). B. Bonatto en una segunda relación de 16 de Octubre de 1461 dice expresamente: «heri entrò» (*Archivo Gonzaga*). Podríase pues dar por segura la fecha del 15.

(5) Pii II Comment. 179. Compárese con esto las descripciones de las relaciones de la embajada sacadas del *Archivo Gonzaga*, que se hallan en el apéndice n.º 52.

Pío II dió la bienvenida en consistorio, con la mayor amabilidad, á aquella reina tan reciamente atribulada; cuando Carlota dobló las rodillas en su presencia, la hizo levantar en seguida (1), y le señaló como habitación un palacio situado en las próximas cercanías del Vaticano. Al siguiente día expuso la Reina con lágrimas al Pontífice su triste suerte, y le pidió auxilio para su marido, sitiado por los enemigos, y subsidios para su propio viaje; porque en el camino había sido despojada por unos piratas. El Papa le prometió atender á sus peticiones, pero no pudo abstenerse de traer á la memoria de la princesa cuán pertinaz menosprecio de la Santa Sede y cuánta negligencia de la causa común de los cristianos habían mostrado su marido y su suegro durante el congreso de Mantua (2).

Carlota permaneció todavía en la Ciudad eterna hasta el 29 de Octubre, visitando sus venerables santuarios (3); y Pío II había entretanto cuidado de procurarle los subsidios para el viaje, y disponerle una comitiva de 50 jinetes (4). Con ésta se dirigió la Reina, pasando por Sena, Florencia y Bolonia, á la patria de su marido, y en todas partes fué recibida con muestras de interés, y proveída así ella como los que la acompañaban. Llegada al término de su viaje, halló en su padre político tan poca inclinación á acudir en su socorro, que renunció á continuar el proyectado viaje á Francia. También en el tiempo siguiente quedaron sin éxito todos los esfuerzos de aquella incansable prin-

(1) Así lo cuenta B. Bonatto en una segunda **relación de 16 de Octubre de 1461. Jacobo Chicio dice también en la *carta de 16 de Octubre arriba mencionada: «Cum humanitate incredibile N. S. acceptò questa regina in la camera del papagallo pres. tutti li rev. cardinali». *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Pii II Comment. 179-180.

(3) El mejor conocedor de la historia de Chipre, Mas-Latrie (III, 114), está tan incierto acerca de la duración de la estancia de la Reina en Roma, que se muestra propenso á admitir como escrita en esta ciudad, una carta de la misma de 5 de Noviembre de 1461, dat. ap. S. Chirichum. Tampoco está determinado el dato en los Pii II Comment. loc. cit. La fecha exacta se halla en las Cron. Rom. 27 y en un * Despacho de B. Bonatto, fechado en Roma á 29 de Octubre de 1461: «Questa matina è partita questa regina di Cipro». *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Pii II Comment. loc. cit. Cronica di Bologna 742. La carta de recomendación para el rey de Francia se halla en la edit. Basil., Epist., 387; la escrita para Florencia ha sido publicada por Müller 195-196 (en lugar de octavo Cal. Octob., se debería sin duda aquí leer Novemb.). Los pagos de la cámara apostólica para Carlota, empezaron el 30 de Octubre de 1461. * Intr. et exitus 449, f. 110^b. *Archivo secreto pontificio*. Cf. Gottlob, Cam. Ap. 143.

cesa encaminados á interesar en su causa á los príncipes cristianos; y en el otoño de 1462 se embarcó en Venecia para regresar á Rodas, quejándose del abandono en que se la dejaba, con las más conmovedoras palabras (1).

Aun antes de que la reina de Chipre se presentara en Roma, habían llegado allá del Oriente noticias de nuevas desdichas. Cartas de Venecia anunciaban, á fines de Septiembre, que el principado de Sínope y el imperio de Trebisonda habían sido presa de los otomanos (2).

El anuncio de la pérdida de la costa norte del Asia Menor, sorprendió al Papa entre las apreturas de la guerra de Apulia y las mayores dificultades pecuniarias. Esta noticia, al par que la actitud de las Potencias occidentales, que se desentendían totalmente del peligro de los turcos, fueron sin duda la ocasión próxima para que Pío II concibiera el atrevido pensamiento de intentar la conversión del Sultán al Cristianismo (3). El extenso

(1) Carta de Carlotta, fechada en Mantua á 10 de Agosto de 1462, publicada por Guichenon, Preuves 393; allí mismo, I, 540-541, se cuenta que Carlotta se presentó en el congreso de Mantua, lo que es absolutamente falso. Sobre las desgracias de la reina, cf. Chastellain IV, 194. Herquet, Charlotta 138 ss. y Königsgestalten 75 ss.

(2) Fallmerayer, Gesch. von Trapezunt 230. Paganel 287, y hasta el mismo Hopf en Ersch-Gruber LXXXIV, 189, ponen la toma de Trebisonda en el año 1462. Esta es una fecha falsa, que se halla también en la Ist. di Chiusi 992 y en la Hist. d. casa Musachia (Hopf, Chroniques 337). Está enteramente motivado que Voigt III, 656, Frommann 236, Berchet (Rep. di Venezia e Persia 2 e 100) y Heyd 365, se decidan por el año 1461. No solamente los Annal. Venet. de St. Magno (Hopf, Chron. 201), mencionan en este año la toma de aquella importante plaza, sino también pueden citarse en apoyo de esto otros auténticos testimonios. 1. En la *instrucción remitida á los embajadores de Venecia al partirse para Francia, fechada á 20 de Octubre de 1461, se dice: «Nuper litteras accepimus a capitaneo nostro maris quibus certiores facti sumus, Turcum ipsum fuso et fugato Ossone Cassano civitatem Trapeunde occupavisse.» Sen. Secr. XXI, f. 63. *Archivo público de Venecia*. 2. B. Bonatto en 26 de Octubre de 1461, notifica desde Roma al marqués de Mantua lo siguiente: * «Del Turco se ha che l'ha preso lo imperator de Trebusunda et mandato luy, la dona et figlioli et 300^m persone de quello paese ad Constantinopoli ad habitar». *Archivo Gonzaga*.

(3) Voigt III, 658. Pichler (I, 501) piensa que Pío II, con este proyecto de viaje, sólo quiso poner miedo á los príncipes é inducirlos á una acción común. Quizá la exposición de la doctrina cristiana compuesta por Gennadius á petición del mismo Sultán (Kimmel, Mon. eccl. Orient. I, Ienae 1850, 1-10; cf. Otto en la Zeitschr. für histor. Theol. 1850 III?, 1864 IV), había dado motivo al Papa para esta tentativa de conversión. Cf. Hergenröther VIII, 144. V. también Rohrbacher-Knöpfler 230. Sobre la apología del Cristianismo frente al Islam, compuesta por Cusanus, De cribratione Alchoran, de la que Pío II se aprove-

escrito que el erudito Papa dirigió al soberano de los infieles, y que más puede considerarse como un tratado que como una carta, está penetrado del convencimiento, confirmado más adelante por la posterior Historia, de que el Corán no podría finalmente sobreponerse á la cultura cristiana. En este maravilloso escrito, sin duda uno de los más hondamente sentidos que compuso Pío II, expone el Papa al Sultán detenidamente la doctrina del Cristianismo y su contraste con la del Islam, y expresa su ardiente deseo de que Mohamed abrazara la verdadera fe. «Si tú esto hicieras—dice Pío II—no habría en todo el orbe de la tierra otro príncipe que sobrepusiera tu gloria, ó pudiera compararse contigo en poder. Nosotros te nombraríamos Emperador de los griegos y del Oriente, y lo que ahora has obtenido por la violencia y retienes injustamente, lo poseerías entonces con buen derecho. Nosotros invocaríamos el auxilio de tu brazo contra aquellos que usurpan los derechos de la Iglesia romana y vuelven sus armas contra su propia madre. Y así como nuestros antecesores Estéfano, Adriano y León llamaron en su auxilio á Pipino y Carlo Magno, y traspasaron á sus libertadores el imperio de los griegos, así también nosotros nos serviríamos de tu auxilio en las tribulaciones de la Iglesia y pagaríamos debidamente los beneficios que de ti recibiríamos. ¡Oh! ¡Qué plenitud de paz habría entonces! Volvería sin duda aquella edad de oro de Augusto, alabada por los poetas. Si tú te juntaras con nosotros, muy en breve se convertiría á Cristo todo el Oriente. Una sola voluntad hay, que podría proporcionar la paz á todo el orbe de la tierra; y esa voluntad es la tuya.» Luego demuestra el Papa al Sultán, por medio de la Historia, que semejante conversión no sería única en su género, pues con Clodoveo se habían convertido los francos, con San Esteban los húngaros, con Recaredo los visigodos, con Agilulfo los lombardos, y con Constantino toda la Roma pagana había abrazado el Cristianismo. Resuélvase á imitar sobre todos á éste, y el Papa le elevará, con el auxilio de Dios, á la dignidad altísima que le ha prometido (1).

chó, cf. Dux II, 165 ss., 411 s. *Histor.-politische Blätter* L, 996 s. Scharpff, *Kusas wichtigste Schriften*, Tübingen 1862, y *Kusa als Reformator* 248 ss.

(1) El escrito del Papa se dió á la imprenta ya en el siglo xv; v. Ennen, *Katalog der Inkunabeln in d. Stadtbibl. zu Köln* 39; cf. Madden, *Lettres d'un bibliographe*, Paris 1868; Falk en *Katholik* 1895, II, 149. Fué también impreso como Epist. 7 de la ed. Mediol., Epist. 396 de la ed. Basil., Raynald 1461 n. 44

En la semana Santa de 1462 dispuso Pío II una fiesta religiosa que había de servir principalmente para reavivar el fervor, cada día más y más extinguido, por la cruzada. Tratábase de la solemne traslación á Roma de la cabeza de San Andrés (1). Tres car-

á 112; s. l. et a° (*Frankf. Bibl.* Polem 205, n. 1) y fué traducido en italiano Epistola || di Papa Pio II a || Mahometto II || Gran Tur || co || S. L. e D. in-8. 64 pp. (esta sumamente rara impresión de fines del siglo xv ó principios del xvi, la vi en casa del anticuario florentino Franchi); hállanse también de ella ejemplares manuscritos en gran número: *Bamberg*, Bibl. Cod. E. VII, 2 (procedente de la bibl. de los carmelitas de esta ciudad). *Berlin*, Kgl. Bibl. Hamilton 242. T. II. t. 43 ss. *Bruselas*, Bibl. roy. Cod. 5173. *Escorial*, C. II. 9, f. 68 ss. *La Haya*, Kgl. Bibl. Cod. (saec. XV) Z. 92. *Cracovia*, Jagellon. Bibl. Cod. 2367. *Melk*, Bibl. Cod. C. 22, f. 161 ss. *Monza*, Bibl. S. Andrés, Cartas IV, 246. *Munich*, Hofbibl. Cod. lat. 10454, f. 120 ss. *Olmütz*, Bibl. *París*, Bibl. de l' Arsenal 88, H. L., f. 184 s.; Nationalbibl. Cod. lat. 3648 (A. B. C. 3 ejemplares) 16524, 18130. *Pistoya*, Bibl. Forteguerrí A. 1, f. 1 ss. *Praga*, Universitätsbibl. (v. *Archiv für österr. Gesch.* XVI, 332). *Roma*, Bibl. Vallicell. (con este ejemplar hizo Raynald, loc. cit., su impresión); *Vatic.*, Bibl. Ottob. 856, f. 19 s.; 1170, f. 212 s.; 3009, f. 1 ss. Vat. 4034, f. 128^b-192^b y 5869, f. 52-90^b. Urbin. 404, 406, f. 67-107 y 697, f. 68^b á 113. *Toledo*, Bibl. capitular 30, 15. *Trieste*, Coll. Rossetti n. X u. XV. Desgraciadamente en estos manuscritos, así como en las ediciones citadas, falta la fecha. Esta se halla en una antigua edición publicada en Tarvisii 1475 (hay ejemplares de este raro opúsculo en la *Biblioteca de Sena*, *Biblioteca Bertoliana de Vicencia*, y en el Cod. Vatic. 5109, f. 109 s.) de que existen asimismo copias (*Biblioteca de Weimar*, v. Voigt III, 659; *Biblioteca Bertoliana de Vicencia*, *Biblioteca de la Universidad de Padua*, Cod. 61 y 489). Al fin de este opúsculo hay la nota siguiente: «Data Senis Kalendis Quintilibus millesimo quadragesimo sexagesimo.» Pero, como ya lo ha notado Voigt, loc. cit., no corresponde á esta fecha el único dato cronológico del libro, que el Sultán este año tomó á Sinope y Trebisonda. Como arriba quedó demostrado, llegó al Papa la noticia de esto por Octubre de 1461, y así Raynald, loc. cit., pone con razón la carta en este año, lo mismo que Beets (67). No se halla ninguna noticia segura sobre si la carta llegó efectivamente á manos del Sultán (Heinemann 25); con todo, no se puede dudar de la autenticidad de la misma. Cf. Voigt loc. cit.; Gregorovius VII^o, 191. La carta de Pío II al sultán de Babilonia, impresa por Raynald 1460, n. 97-101, fechada en Sena á 28 de Mayo de 1460, la tiene Voigt (III, 659, n. 2) por interpolada, pues está demostrado que en ese día no se hallaba en Sena Pío II. Pero esta carta, en el cod. 525 de la *Biblioteca palatina de Darmstadt* está fechada: Senis V ydus Iulii 1460; entonces, pues, el Papa estaba realmente todavía en Sena, como se saca de Raynald 1460, n. 86. De una *carta de Nicodemus de Pontremoli fechada en Florencia á 5 de Marzo, se ve que este diplomático procuraba entonces obtener una copia del discurso de Pío II en Mantua (v. arriba p. 119-120) y de la epístola al Turcho. *Archivo público de Milán*, Cart. generale.

(1) Además de la descripción que se halla en los Pii II Comment. 193 s. (cf. también Paolo dello Mastro ed. Peláez 103), he utilizado la *relación circunstanciada de J. P. Arrivabenus de 14 de Abril de 1462 que va en una *carta de B. Bonatto del mismo día (*Archivo Gonsaga*) y dos *cartas de A. Dathus, fechadas en Roma á 12 y 14 de Abril de 1462. *Archivo público de Sena*. La carta publicada por Palacky, Beitr. 270, trae tan pocas cosas nuevas como el es-

denales, Bessarión, Oliva y Piccolomini, habían sido enviados á Narni para tomar de allí la preciosa reliquia, y el Domingo de Ramos, 11 de Abril, llegaron á la vista de Roma. El siguiente día se dirigió el Papa en procesión, con todos los cardenales, prelados, embajadores y grandes de la Ciudad, á las praderas de la parte de acá del Ponte Molle. Habíase erigido allí una elevada tribuna con un altar, al cual conducían dos escalinatas; la una á la parte del puente, destinada para los cardenales que traían la sagrada cabeza; por la otra, que miraba á la Ciudad, subió Pío II para tomar posesión de aquel singular tesoro. Bessarión, «á quien su larga barba comunicaba venerable aspecto» y actuaba entonces como representante de Grecia, entregó llorando al Pontífice el relicario; y el Papa hondamente conmovido, se postró ante la sagrada cabeza del Apóstol, y después la saludó, «como legítimo hijo de aquellos tiempos de la retórica» (1), con una conmovedora oración latina. Rodeaba la tribuna una muchedumbre inmensa del pueblo, cuando el papa Pío II, con temblorosa voz dijo: «¡Has llegado, por fin, oh sagrada cabeza apostólica, arrojada del lugar de tu descanso por la furia de los turcos! Como fugitivo vienes á tu hermano, el Príncipe de los Apóstoles. ¡Oh feliz destierro que te ha traído acá! Delante de ti tienes al Alma Roma, santificada por la preciosa sangre de tu hermano; aquí está el pueblo que Pedro y Pablo ganaron para Cristo; y Nosotros Nos alegramos y Nos sentimos llenos de júbilo por poderte saludar aquí. ¡Entra, pues, en la santa Ciudad y sé propicio al pueblo romano! Sé nuestro abogado en el cielo, y protege, juntamente con el Príncipe de

crito más reciente de Portini (Rom 1847). La Andreis, Cod. Vat. 5667, mencionada por Voigt III, 597, es idéntica á la narración de los «Comentarios» de Pío II; el Diario del Cod. Vat. 5255, citado por el mismo sabio es igualmente la crónica romana de Paolo dello Mastro impresa (edición de Peláez 103). En el Zeitschr. f. vergl. Lit.-Gesch. und Renaissancelit. (N. F. Bd II, Hst 4-5) publicado por Koch y Geiger, da á luz H. Holstein p. 364-365 tomándolo del Cod. Vpsal. hist. 8, f. 78 la salutación del Papa Pío II á la llegada de la cabeza de S. Andrés á Roma el 12 de Abril de 1462. Con todo, tiempo ha que el discurso entero está impreso en los Pii II Comment. 194-195. Yo hallé una copia manuscrita del mismo ex arch. S. Petri en el Cod. H. 28, f. 141 s. de la Bibl. Vallicell. de Roma. La Andreis per Pium II P. M. edita, también está en un manuscrito de la propiedad de G. B. Boccolini en la Bibl. class. de Ravena. Asimismo en la *Bibl. nacional de París* v. Catal. Bibl. Paris. IV, 132 y en la *Bibl. naz. de Florencia* II, 1, 201.

(1) Gregorovius VII³, 195. El lugar donde Pío II recibió la sagrada cabeza, está señalado con una estatua de S. Andrés, v. arriba p. 297.

los Apóstoles, á esta Roma y á toda la Cristiandad. Convierte el enojo del Altísimo contra los impíos turcos y bárbaros, que desprecian á Cristo Nuestro Señor.» Después que el Papa y todos los que le rodeaban hubieron venerado la reliquia y Pío II hubo invocado por medio de una oración la protección de San Andrés contra los turcos, se cantaron el *Te Deum* y otros festivos himnos.

Luego se puso en movimiento hacia Roma la solemne procesión, en la cual el mismo Papa llevaba la sagrada cabeza. Una inmensa muchedumbre había ocupado la vía Flaminia, y como para mayor solemnidad se había publicado una indulgencia semejante á la del Jubileo, habían concurrido numerosos peregrinos, no sólo de Italia, sino también de Alemania, Francia y Hungría. La cabeza del santo Apóstol se depositó en el altar mayor de Santa María del Popolo, desde donde, á 13 de Abril fué trasladada á San Pedro.

Esta solemnidad del Renacimiento cristiano fué tan grandiosa, que Agustino Dathus afirma, en su relación dirigida á los habitantes de Sena, que desde siglos atrás no se había celebrado otra semejante fiesta religiosa. Las calles estaban esparcidas de flores y de hierbas olorosas, y cubiertas con preciosos tapices que las defendían del sol. Los grandes de la Ciudad y los cardenales, principalmente Alain y Borja, habían andado á porfía en el ornato de sus palacios, y las iglesias habían expuesto sus reliquias y preciosidades. Por todas partes resplandecían las luces y resonaban las sagradas músicas. Innumerables devotos llenaban las calles, y se llegó á creer que aun durante el jubileo de 1450 no se habían hallado en Roma tantas personas como en aquel día de fiesta. Para la procesión, que recorrió la Ciudad dando varios rodeos, había mandado el Papa expresamente que cuantos tomaran parte en ella, aun los cardenales, debían ir á pie; y fué un espectáculo solemne y desusado ver á los príncipes de la Iglesia, encorvados por el peso de la edad y de las enfermedades, andar por las calles con sus ornamentos pontificales, rezando y llevando palmas en las manos. Todo el clero, todas las autoridades y embajadores y grandes de Roma, tomaron parte en aquella manifestación llevando todos en sus manos cirios encendidos. El Papa, aunque fatigado por la gota, iba revestido de sus ornamentos pontificales, en un dorado trono bajo baldaquino, y llevó la sagrada cabeza hasta la basilica de San Pedro, que llameaba

con la multitud de las luces. Allí la depositó, delante de la *Confessio*, y luego Bessarión, á cuyo lado estaba el anciano cardenal Isidoro, invocó para la cruzada en un largo discurso el auxilio de San Andrés y de los Príncipes de los Apóstoles. Finalmente, se levantó de nuevo el Papa para hablar: «Nosotros te prometemos, dijo al final de la oración, oh Andrés, digno Apóstol de Cristo, emplear todos nuestros recursos para recobrar tus ovejas y la que fué tu mansión acá en la tierra. Ninguna cosa tenemos tan puesta en el alma como la defensa de la Religión cristiana y de la verdadera fe, que los turcos, nuestros enemigos y tuyos, amenazan aniquilar. Si los príncipes cristianos escuchan nuestra voz y se resuelven á seguir á su Pastor supremo, toda la Iglesia se alegrará después de que nosotros no hayamos descuidado lo que toca á nuestro oficio, y que tú no hayas venido inútilmente á solicitar el auxilio de tu hermano.» Después de esto la reliquia fué expuesta á la veneración de los fieles, y aquella sagrada solemnidad se terminó dando la bendición papal y publicando una indulgencia plenaria.

En Mayo del mismo año en que se había celebrado esta fiesta, ocurrió el descubrimiento de las ricas minas de alumbre de Tolfa, no lejos de Civitavecchia, hecho por el paduano Juan de Castro, hijo del célebre jurista Paolo (1). Aquel hombre industrial había dirigido hasta 1453 una gran tintorería en Constantinopla, y conocido allí perfectamente el alumbre de Levante y los lugares donde se halla. El mismo Pío II refiere muy gráficamente en sus «Cosas memorables», de qué manera, vagando Juan de Castro por los montes cubiertos de bosques y abundantes de aguas, que se extienden no lejos de Civitavecchia hasta cerca

(1) Pii II Comment. 185-186. Aquí, como en N. d. Tuccia 87 y 268 y en la *Cronica di Forlì, f. 278 (*Bibl. Boncompagni*, v. arriba p. 149) el descubrimiento se pone en el año 1462. A esto contradice un documento publicado por Theiner, Cod. dipl. 419-420 de 23 de Agosto de 1461, á quien sigue Reumont III, 1, 506. En las *Regest. Pii II XV, f. 72 está enteramente claro 1461 X. Cal. Sept. A° III°; pero ya se sabe que los escribientes de los registros han cometido más de un error. De los modernos sostienen también el año 1462 Voigt III, 548, Heyd 556 y Mancini 441; nombran asimismo la Cronica di Bologna 748, *Ghirardacci (v. arriba p. 303), Annal. Forliv. 226. Palmerius 246. Este último señala como compañero del descubridor á un Carolus Pisanus; Gasp. Veronens. 1038, 1043 nombra en su lugar al astrólogo Domenico (di) Zaccaria de Padua; cf. Tiraboschi VI, 1, 441 s. Marini II, 184 n. 200. Tuccia dice 88: «Il trovatore di quest' allume fu messer Giovan da Castro per mezzo d' un giovane Cornetano e un Genovese, ch' erano stati in Turchia etc.»

del mar, halló en la Marca de Tolfa una hierba que crece también en los montes alumbríferos del Asia Menor; y notó luego ciertas piedras blancas que, por el gusto salobre y el examen del fuego, reconoció ser de alumbre. Castro corrió á notificar al Papa su importante descubrimiento: «Hoy, exclamó, traigo yo á Vuestra Santidad la victoria sobre el Gran Turco; pues éste saca anualmente de la Cristiandad más de 300.000 ducados por el alumbre que nos es necesario para teñir los vestidos. De este ingrediente, que se halla entre nosotros en muy pocos lugares y en cantidad exigua, he encontrado siete montes llenos, y tanto que bastaría para otras siete partes de la tierra. La abundancia de agua de la región y la vecindad del mar, facilitan el beneficio de las minas, con las cuales se puede privar á los turcos de una grande ganancia y Vuestra Santidad puede obtener los necesarios recursos pecuniarios para la guerra santa.»

Pío II miró todo aquel asunto como una especie de ensueño de astrología, hasta que personas peritas le certificaron de la verdad. Entonces fueron llamados algunos genoveses que habían aprendido en Oriente la manera de beneficiar el alumbre, los cuales, con lágrimas de pura alegría en los ojos, confirmaron el parecer de Juan de Castro. El análisis demostró que 80 libras de este alumbre equivalían á 100 libras del oriental que vendían los turcos. El Papa, con el corazón lleno de gratitud, resolvió consagrar este don de Dios al servicio del Altísimo en la guerra contra los infieles; y así exhortó á toda la Cristiandad á que en lo sucesivo fueran á buscar aquel mineral á Roma y se abstuvieran de comprarlo á los enemigos de la fe. En seguida se emprendió la explotación de las minas y, conforme á la relación del cronista de Viterbo, en 1463 se ocupaban allí unas 8.000 personas (1). Pío II confirió desde el principio la dirección técnica de aquella empresa al descubridor, quien, en compañía de un genovés y un pisano, fundó una sociedad para el beneficio del alumbre, la cual ajustó un contrato con la Cámara Apostólica (2). Muy pronto solicitaron

(1) N. d. Tuccia 268. Raynald 1463 n. 86. Voigt III, 547.

(2) Gottlob, Cam. Apost. 283. Reumont, Briefe I, 285 y Atti dei Lincei Ser. 3, I, 96-164. Cf. además S. Breislak, Saggio di osservazioni mineralogiche sulla Tolfa etc., Roma 1786, y Guglielmotti II, 334 s. Este último cita una obra de circunstancias sumamente rara: Cenni storici sulle miniere delle allumiere, Civitavecchia 1835, compuesta por el cardenal Teodolfo Mertel, que en 1883 por la amabilidad de su Eminencia, estuvo á mi disposición; como asimis-